

---

## ESCENA PRIMERA.

Cantina frente a una tienda de buhonero y de prendero. Soldados de todas clases y armas discurren en todas direcciones. Todas las mesas están ocupadas. Croatas y hulanos guisan en un fogón, y la cantinera escancia vino: los hijos de los soldados juegan a los dados sobre un tambor, y se canta en la tienda.

### UN CAMPESINO Y SU HIJO.

EL HIJO DEL CAMPESINO. — Padre, nada bueno nos espera, si permanecemos cerca de estos soldados. Son camaradas harto insolentes. Quiera Dios que nos dejen en paz, sin hacernos daño.

EL CAMPESINO. — ¡Ave María! No nos comerán, de seguro, aunque sean algo temerarios. ¡Mira! Nuevas gentes han llegado del Saal y del Mein, y traen consigo botín y objetos muy raros. Nuestro será, si somos cautos. Ciertos capitán, á quien otro ha atravesado con su espada, me ha hecho dueño de dos dados incomparables. Quiero, pues, probar hoy si no han perdido su mágica virtud. Toma el aire más lastimero posible, porque son gente irreflexiva y sencilla. Préstanse á todo si se les lisonjea, y como lo ganan, así lo gastan. Se apoderan de lo nuestro á celemines, y nos lo devuelven á cucharadas. Si manejan sus sables sin temor, con tanto mayor motivo hemos de ser disimulados y astutos. (Oyense en la tienda cánticos y vitores.) ¡Cómo se divierten! ¡Dios nos asista! Todo esto sale de las entrañas de los campesinos. Ocho meses hace ya que este enjambre

llena nuestros lechos y nuestras cuadras. Ni plumas ni patas se encuentran ya tiempo en todo este territorio, y el hambre y la miseria nos han de obligar á roer nuestros propios huesos. No estábamos, en verdad, peor y más desesperados cuando el Sajón llamó á nuestras puertas. ¡Y éstos se apellidan los imperiales!

EL HIJO DEL CAMPESINO.— Dos, oh padre, vienen ahora de la cocina, aunque, al parecer, no prometen mucho.

EL CAMPESINO.— Son naturales de Bohemia, carabineros de Terzky, acampados aquí de antigua fecha. Los más perversos entre todos, fanfarrones, y se pavonean con orgullo, y tienen por afrenta beber un vaso de vino con un labriego. Pero allí veo los tres cazadores, sentados á la izquierda del hogar. Ven, Emmerico; vayamos allá; son gente divertida, parlanchines, que se portan bien y tienen dinero. (Dirigense hacia la tienda.)

## ESCENA II.

LOS MISMOS.— UN SARGENTO MAYOR, UN TROMPETA  
Y UN HULANO.

EL TROMPETA.— ¿Qué quiere aquí este campesino? ¡Largo, bribón!

EL CAMPESINO.— ¡Caritativos señores! ¡Un trago y un bocado de pan! A la hora que es, nada caliente hemos comido.

EL TROMPETA.— ¡Ya, siempre lo mismo! ¡Siempre comer y beber!

EL HULANO. (Con un vaso.) — ¡Aun no te has desayunado? Bebe, pues, bebe, perro! (Llévase al Campesino hacia la tienda; siguenle los demás.)

EL SARGENTO MAYOR. (Al Trompeta.) — ¿Crees tú que, sin motivo, se nos haya dado hoy doble paga? ¿Sólo habrá sido para divertirnos y llenarnos?

EL TROMPETA.— La Duquesa viene hoy con la Princesa...

EL SARGENTO MAYOR.— ¡Pretexto tan sólo! Las tropas que de lejanos países se reúnen aquí, delante de Pilsen, han de fraternizar con nosotros, bebiendo bien y comiendo buen pan, y así estarán contentas y vivirán con nosotros en la mejor armonía.

EL TROMPETA.— Sí, algo se proyecta.

EL SARGENTO MAYOR.— Los señores generales y comandantes...

EL TROMPETA.— Todo esto me parece sospechoso...

EL SARGENTO MAYOR.— Acudir aquí tanta gente...

EL TROMPETA.— Para aburrirse no se tomarán ese trabajo.

EL SARGENTO MAYOR.— Y estos rumores, estos preparativos...

EL TROMPETA.— ¡Sí, sí!

EL SARGENTO MAYOR.— Y la vieja peluca de Viena, que rueda desde ayer por ahí, con su cadena de oro... Todo ello da que sospechar, á fe mía.

EL TROMPETA.— ¡Ojo! Que este sabueso, aquí de nuevo, sigue la pista al Duque.

EL SARGENTO MAYOR.— ¿Lo has observado bien? No se fíen de nosotros. Tienen miedo al rostro misterioso del Duque de Friedlandia. Ha subido para ellos demasiado y quieren precipitarlo.

EL TROMPETA.— Pero nosotros lo apoyaremos. ¡Si como tú y yo pensasen todos!

EL SARGENTO MAYOR.— Nuestro regimiento y los otros cuatro de Terzky, cuñado del Duque, el Cuerpo más decidido de todos los del campamento, le somos adictos y fieles. Él, en persona, nos ha traído aquí. Él ha nombrado los oficiales y todos son suyos en cuerpo y alma.